

hijo de Luis XVI es lo único que debe interesar en una obra de esta naturaleza. Sin embargo, el inesperado fallecimiento de Desault hubiera cortado el hilo á nuestra historia; á no mediar la bondad de Cipriano, aquel jóven con quien Carlos contrajo tan estrecha amistad. Noticioso de las investigaciones que yo hacía para concluir la historia secreta de las calamidades de la última familia real, me proporcionó el conocimiento de Felzac, que había vuelto á Paris despues de la pacificación de la Vandée. A este pues dejó el encargo de continuarla, observando tan sólo, que no soy el autor de los hechos contenidos en su narracion, ni de las reflexiones que los acompañan; y que únicamente los refiero, por creerlos tan adecuados para satisfacer la curiosidad de los lectores, como incapaces de perturbar la tranquilidad pública, y la respetable y pacífica conducta del Gobierno.

RELACION DE FELZAC

SOBRE LOS ÚLTIMOS ACONTECIMIENTOS

DE LA VIDA

DEL DELFIN.

« No es necesario que reproduzca aquí los principios de mi trato con Cipriano. Aunque no tuve al entablarlo otro intento que servir á mi partido, cómo hallé la amistad donde solo buscaba mi interes, no es posible que aquella época se borre en ningun tiempo de mi memoria, y no deseo sino que esté siempre presente en la de mi amigo.

Me hice discípulo de Desault, siguiendo mis opiniones personales y las instrucciones del general Charette, de quien yo era agente. Unas y otras me bastaron para empezar á tratar á Cipriano por mis fines particulares; pero

cuando la conformidad de nuestros pensamientos nos hizo mutuamente amigos, ya solo tuve que obedecer á los impulsos de mi corazon.

Con la enfermedad de Cipriano tomó incremento mi afecto, y estuve muchas veces tentado de manifestarle quién era, y de confiarle el objeto de mi comision y el secreto de mi partido; pero al mismo tiempo que mi cariño me inspiraba estos deseos, los reprimía su singular probidad. Estaba él muy distante de aprobar las diversas formas de tiranía, que se han destruido mutua y sucesivamente, hacinándose unas sobre otras; mas no anhelaba por esto el Gobierno monárquico: contento con desear que se estableciese una justa y feliz república, reducía su política á cumplir con su obligacion. De consiguiente si yo le hubiese comunicado el proyecto, cuya ejecucion estaba preparando, me esponía á imposibilitarla y á perder el fruto de

mi trabajo, privándome juntamente de un amigo, sin ser útil á mi rey: así es que callé por entónces.

Es verdad que en la carta que procuré llegase á manos de Desault, dije lo suficiente para fomentar las sospechas y comprometerme; mas hablando con ingenuidad, me había equivocado en el concepto que tenía de mi maestro, y obré con poca madurez, creyendo que el regalo que acompañaba á mi esquila, allanaría todas las dificultades, pues le tenía por hombre poseido del interes, cuando solamente era económico.

De todos modos fué puntual á la cita; pero como otro agente de Charette y yo teníamos conexiones con algunos comisarios, supimos lo de los espías, que repartidos en distintos puntos debían tomar nuestras señas. Evitamos esto, enviando á Desault otra carta por un mandadero, en el cual no pudieran sospechar por de pronto los espías.

Con este ardid logré finalmente avisarme con Desault, quien quedó muy maravillado al ver que uno de sus discípulos era conspirador; y aun se admiró mas, cuando le participé el plan que Charette nos había confiado. Reduciase á sacar del Temple al rey, dejando en su lugar un niño de su misma estatura, que se le pareciese bastante, y mortalmente enfermo, si era posible: todo lo cual era muy fácil al cirujano del grande hospicio; mas Desault tenía á cargo de conciencia el ayudarme, y se negó por lo mismo. Mis reflexiones fueron inútiles, le desazonaron mis ofertas, y me costó mucho el hacerle convenir en que guardaría el secreto de mi propuesta por dos días, quedando en volverle á ver al tercero.

Era indispensable aprovecharse de este tiempo. Durante la conversacion que acababa de tener con Desault, se le había escapado una esclamacion, que

no se me pasó por alto, y las luces que de ella saqué, me fueron de grande utilidad.

Cipriano, que no era ménos callado que yo, nunca me había dicho que tenía entrada franca en el Temple todas las noches; pero el desasosiego que manifestó Desault al recordar nuestra amistad, me lo dió á entender muy á tiempo. Mi amigo, por hallarse convaleciendo de su larga enfermedad, no había aun vuelto á sus visitas, y yo necesitaba de que hiciera una por lo ménos, para arriesgar la que tenía proyectada. Desault fué el que me sirvió, sin saberlo, en esta ocasion; pues me avisó al dia siguiente por la mañana un enfermero, á quien yo tenía prevenido al intento, que mi maestro se había llevado á Cipriano al Temple. Ya no dudé desde aquel punto de la posibilidad y feliz éxito de mi tentativa.

Es necesario que mencione una lige-

ra fraude, una especie de traicion que hice á la amistad, y que la misma me ha perdonado despues. No trato ahora de sincerarme; pero se verá fácilmente que obré como corresponde á un hombre, á quien importa mas que su propia existencia y tanto como su honor, el servir á su rey y que venza su partido.

Miéntas Cipriano estuvo enfermo, dormía yo cerca de su cama, y continuaba haciendo lo mismo durante su convalecencia. Esta colocacion que era debida á nuestra amistad, fué en aquel caso muy favorable á mis proyectos.

No cesé de seguirle y observarle desde que volvió del Temple, ni le perdí de vista en todos sus pasos; y estaba seguro de que no había dejado ni cerrado en parte alguna el papel que le facilitaba la entrada en el Temple. Pudiera muy bien haber quedado en poder de Desault, porqué yo sabía por el

enfermero, mi confidente, que no se podía entrar allí sin orden espresa del Gobierno. Por si acaso la tenía mi amigo, esperé con impaciencia á que anocheciese y él se acostase, para quitársela.

Despues de un rato de conversacion, que se me hizo un siglo, durmióse finalmente, y yo metiendo la mano poco á poco en su bolsillo, saqué la cartera, que abrí y registré escrupulosamente. No había en ella ningun despacho formal, sí solamente una tarjeta pentágona con el nombre de Cipriano en la una cara, y el de los dos representantes, inspectores de la Convencion y miembros del Gobierno, en la otra. Guárdeme este documento, volví á dejar la cartera en su lugar, y fuí á acostarme, combatido por el temor y la esperanza.

Al dia siguiente, luego que regresó Desault, me fuí al Temple con la incertidumbre de si me franquearían la

entrada. Presenté la tarjeta diciendo, que me enviaba Cipriano; con lo que me abrieron las puertas, y llegué hasta el cuarto mismo del monarca sin la menor dificultad.

Entre algunos dones que he recibido de la naturaleza, convienen todos en atribuirme el de captarse la voluntad y ganarse los corazones, y yo hice uso de él en aquella ocasion. El enfermo gustó mucho de mi conversacion, la asistenta la alargó cuanto pudo, y la princesa me hizo dar palabra de que volvería. Le pedí permiso para llevar á Carlos algunos juguetes, que le aliviassen sus penas, y salí del Temple dejando hechizados á los guardas con mi buen modo.

Procuré por otra parte desviar á Cipriano y evitar una esplicacion peligrosa, induciendo bajo de cierto pretesto á un amigo de ambos, á que le entretuviese toda la noche; de modo que él

no se vió libre, sinó cuando ya no podía perjudicarme.

Como la presencia de Desault podía tambien desbaratar mi empresa, los comisarios amigos míos le enviaron á llamar, so color de hacer ciertas averiguaciones, á la hora precisamente en que yo había de poner en ejecucion mi designio.

Si se me pregunta, por qué teniendo relaciones directas con los que mandaban, no me valía de su autoridad, ántes que de medios indirectos é inciertos; responderé, que todo el favor de estas personas se reducía á deseos y buena voluntad; pero de ningun modo se extendía á las obras, que piden y suponen mayor energía. Lo cierto es que, ya porqué no fuesen capaces de elevar su alma hasta aquel grado de fortaleza que se necesita para tramar una conspiracion; ya por un efecto de egoismo y de interes, ó bien por una

razonable prudencia, han encubierto siempre sus operaciones con una reserva misteriosa. Empezó la revolucion y sigue todavía, sin que le hayan opuesto ningun obstáculo; así como se intentó la contrarevolucion y se hubiera llevado á debido efecto, sin que hubiesen cooperado por su parte. Se debe confesar, que como eran estimados del partido republicano, han obtenido á las veces empleos en que han sido útiles al rey; pero por lo que á nosotros toca, si nos han servido, no se les debía agradecer, ni se les ha agradecido en efecto, porqué el disimulo se diferencia muy poco de la doblez, y la traicion viene á ser lo mismo que la debilidad. (*)

(*) Muchas personas indicadas en este párrafo, han desaparecido de la escena política; unas por haberse retirado con prudente prevision, y otras porqué han sido arrebatadas por la violencia.

Entre tanto mi compañero había conseguido, á costa de mucho dinero, un huerfanito, casi de la misma edad, estatura y color que el Delfin, al cual había de sustituir. Solo tenía este niño una cosa que nos daba cuidado, y era que no estando enfermo, como lo estaba el rey, no podría engañar á los guardas el tiempo necesario para que nos pusiésemos á salvo de toda averiguacion. No encontré otro mejor medio para salir de este apuro, que echar en la bebida que le dábamos una dosis de opio, que no le dejase despertar en veinte y cuatro horas; con lo que lográbamos ademas la ventaja de estar seguros de su silencio y docilidad. Luego que estuvo bien dormido, le quitamos sus vestidos que embarazaban mucho, por ser demasiado abultados; y dejándole en paños menores, le metimos dentro del cuerpo de un caballo de madera hueco, que había de servir

á Carlos de entretenimiento. Acompañaban á este otros juguetes, y todos iban colocados en una canasta de mimbreros que tenía un secreto, la cual puse en mi coche. Mi compañero había dispuesto por su parte otra, llena de armas y provisiones, que había de quedar en el paseo del baluarte, al mismo tiempo que los propios despachados una hora ántes, nos preparaban los tiros por toda la carrera.

Estaba tan perturbado cuando iba á la torre, que hice parar por dos ó tres veces el coche, para cobrar aliento y fuerzas. Se presentaban á mi imaginacion, con los mas negros colores, todos los males que me sobrevendrían, si se desgraciaba la empresa: me figuraba ya conducido ante los miembros de la formidable comision, y de allí á la de algun severo tribunal ó terrible juzgado: me encontraba en una palabra en la mas penosa situacion. Sin em-

bargo la razon me restituyó el valor, porque concebí que la falta de presencia de espíritu en aquel caso podía serme muy perjudicial; y así el esceso mismo del peligro me infundió tal valentía, que llegué al Temple con una total serenidad.

El cuerpo de guardia dejó pasar mi coche en vista de la tarja. Cuando me abrieron la puerta del segundo patio, se presentó un portero á reconocerme; y bien porqué no estaba de servicio la víspera, ó porqué no le había dado ninguna gratificacion, me detuvo ó fingió detenerme; y cuando hice bajar la canasta, mandando que la subiesen al cuarto de Carlos, dijo espresamente, que no lo permitiría, si no se enteraba primero de cuanto iba en ella. Es muy justo por cierto, respondí sonriéndome, pues pudiera ser que los juguetes de los niños formasen una contrarrevolucion.

Confuso sobre manera por el sesgo que iba á tomar aquel incidente, empezaba á desliar los trebejos de encima, á tiempo que el alcaide principal, enviado sin duda del cielo, me saludó con agrado, y abonándome á mí y á cuanto conducía, me ayudó él mismo á llevarlo á su destino.

Saqué de la canasta todos los juguetes á presencia suya, y el enfermo se puso muy contento al verlos, sobre todo el caballo, que le causó extraordinaria alegría. Quiso probarlo al momento en el ejercicio para que se le destina, y lo ejecutó á su satisfaccion, no ménos que á la de su hermanita, de la asistenta y del alcaide. Yo que estaba reflexionando, cómo en aquel instante, y por el medio mas sencillo y pueril, se decidía la suerte del rey de Francia, añadí á los aplausos algunos consejos útiles á su salud. Luego que la princesa y el alcaide me oyeron ha-

blar de medicina, nos dejaron solos, retirándose aquella á su cuarto, y este á otro parage de la prision.

No bastaba todavía esto, pues aun tenía que deshacerme de la asistenta, y no sabía si asustarla amenazándola con una pistola, ó si adormecerla con opio. Este partido era el mas seguro, pero no el mas fácil; porqué ¿con qué pretesto haría beber á aquella muger? ¿qué diría el alcaide, si la encontraba dormida? ¿No podía entrar en rezelo y no dejarme salir? Se necesitaba ademas de algún tiempo para que óbrase el soporífero, y como yo no podía desperdiciar ni un minuto, abrazé el otro medio. Entre tanto que el principe, embelesado en su nuevo entretenimiento, se divertía sin distraerse, la llamé aparte y le dije con resolucion: ¿Es Vd. tan afecta á este desdichado, como él lo merece y Vd. manifiesta? — Así es, señor; pero esta pregunta?..... — Es de

la mayor importancia, como Vd. lo verá. Está en mano de Vd. poner fin á sus desgracias. — Señor, tiene Vd. un aire, y me mira de un modo, que me horroriza.... Qué hay que hacer? — Nada: solamente no chistar ni una palabra. — Me conformo; pero dígame Vd. qué es lo que va á hacer. — No tardará Vd. en saberlo. Ante todo: ve Vd. esto? — Un bolsillo! — Hay en él diez mil reales, y son de Vd., si sabe callar. — Pero, señor.... — Mire Vd. — Una pistola! — Ya me entiende Vd.... cuento, como he dicho, con su prudencia. — Sentóse la asistenta temblando, y yo puesta la pistola á la cintura, seguí intimidándola siempre con ademanes de amenaza. En un instante determiné á Carlos, ya por seducción, ya por miedo, á que me siguiese: abrí el caballo de madera, saqué de allí el niño, que acosté en la cama del príncipe, y cerré á este en el secreto de la canasta, á pesar de algu-

nos sordos quejidos, de que no hice mérito por compasión. La asistenta, que me estaba observando, quedó asombrada, despidió profundos suspiros, levantó los ojos y manos al cielo, y abrió la boca como para gritar; pero yo la contuve enseñándole la pistola. Concluida la operacion, fui á abrazarla, enjuagué las lágrimas que despedía de sus ojos, y la consolé lo mejor que pude, obligándola á que tomase el bolsillo, que le metí contra su voluntad en la faltriguera. Presentóse el alcaide, luego que toqué la campanilla, y se empeñó en ayudarme á llevar al coche la canasta, que procuré coger por el lado del peso, que podía darle en que sospechar: me planté en tres brincos fuera del Temple, y llegué en un momento al paseo del baluarte, donde me aguardaba mi compañero con impaciencia y con algun sobresalto.

Dejamos el precioso peso en la silla

de posta, á que subí despues de haber despachado el coche. Podíamos disponer á nuestro antojo de los caballos, que eran jóvenes y de mucho brio, y estaban descansados; los postillones, medianamente bebidos, no tenían ménos fuego y actividad; de manera que llegamos y salimos en breve por la puerta, empleando en esto solos cuarenta minutos.

No me había descuidado en bajar las cortinas de la silla, y en sacar á Cárlos de su estrecho encierro. Este acontecimiento repentino, su delicadeza habitual y la falta del aire, le habían hecho perder los sentidos, que no recobró sino á fuerza de aplicarle espíritus. Era muy extraordinaria situación la de un niño, que se veía separado en poco tiempo de su hermana y de sus entretenimientos cotidianos por dos hombres, de los cuales solo uno le era un poco conocido. Ocurrió á su curiosidad y des-

vanecí su justo sobresalto, diciéndole lo suficiente para que se tranquilizase, sin que pudiera comprometernos en cualquier evento. Me aproveché de la primera parada, para mudarle los vestidos de muchacho en otros de niña; y dos leguas mas adelante encontramos en una venta á una joven, que se hallaba ya algunos días en un lugar inmediato, la cual sin estar enterada de nuestra aventura, debía ser la aya de *mi sobrina*. Empezó á desempeñar su encargo, haciendo mil fiestas á *la señorita Carlota*, que por su carácter amable y cariñoso se aficionó desde luego á la nueva aya.

No debo omitir que ántes de salir de Paris, tuve la precaucion de enviar al enfermero, para que dejase en la cartera de Cipriano la tarjeta, que le había quitado sin que él lo advirtiese. Se deja tambien entender, que no obstante de haberme valido de este hombre,

tendría la prudencia de ocultarle el objeto del encargo que le daba; de modo que nadie, fuera de Desault, pudo sospechar, al saber el robo del hijo de Luis, que yo había tenido parte en él. Tal era á lo ménos mi opinion; y para llevar adelante el disimulo, engañé de nuevo á mi amigo, dirigiéndole una carta con la fecha y sello de Marsella, al mismo tiempo que caminaba á todo galope por el camino de Bretaña.

Habíamos corrido mas de sesenta leguas, y nos acercábamos muy contentos al término de nuestro viage, quando al atravesar un barranco muy hondo y rodeado de bosque que estaba al pié de una montaña, nos vimos cercados de repente por una partida de gendarmas. Miétras que la aya, creyendo que estos soldados eran algunos realistas de los llamados *chuanes*, se había casi desmayado, y Carlos por el contrario me estaba pidiendo con voz baja

un sable para defenderse; mi compañero, que tenía el corazon intrépido y la cabeza un tanto ligera, queria salvar á aquellas gentes con algunos pistoletazos. Conoci que semejante defensa, á mas de ser fuera de tiempo, nos comprometería confirmando las sospechas, que á mal andar se podían tener, pero que no estaban justificadas hasta entónces. Por esto, despues de haber tenido la precaucion de meter á Carlos en el rincón mas retirado de la silla, y de haberle casi sepultado debajo del capotillo de su aya, me asomé por la puertecilla, y pregunté á los gendarmas, qué es lo que querían. Habían ya hecho seña y gritado tambien á los postillones que parasen; pero estando pagados liberalmente para no obedecer mas que á nosotros, no oyendo mi voz, y fingiendo no oir la de los gendarmas, seguían apretando los caballos. De este modo nos manejamos por espacio de

diez minutos, y habiendo logrado salir á la carretera, esperábamos librarnos de la partida, cuando descubrimos á cincuenta pasos otra que se puso delante de la silla, y la obligó á que parase. Se acercó un oficial pidiéndonos los pasaportes, que le presenté al instante. Nos mandó que bajásemos para poder verificar la confrontacion de las señas, y tuvimos que salir de la silla, aunque muy bien armados y con las pistolas amartilladas en las faltriqueras, porque estábamos resueltos á defender hasta morir el depósito que teníamos á nuestro cuidado. El gefe de los gendarmas daba, al tiempo de reconocernos, tales muestras de desconfianza y rezeló, que me puso en gran cuidado. Es cosa muy particular, exclamó despues de haber cotejado las señas de *Carlota* con las de la persona de *Carlos*; esta identidad..... Repara, añadió hablando con uno de sus camaradas y señalando á mi

supuesta sobrina, ¿no ves que se parece?... — Y diciendo estas medias palabras, sacó un papel largo de la cartera, lo leyó, y se puso pensativo. Mi compañero, desesperado por el mismo desasosiego, y no pudiendo sufrir mas tiempo; señores, dijo añadiendo un reniego con el mayor brio, ¿cabaremos pronto? — En un instante, respondió el capitán, pues solo se trata de una formalidad, y es indispensable, que retirándome á un parage desviado con uno de Vds., examine el sexo de esa criatura. — Estas razones, que probaban las grandes sospechas que había contra nosotros, ya que no estuviéramos del todo descubiertos, me sobresaltaron aun mas, porque veía por una parte, que los ojos de mi compañero chispeaban de cólera, y por otra, que ambas partidas se habían juntado á una seña del capitán, y nos estaban cercandó. ¿Qué podíamos hacer en tal apuro? Señor,

dije al oficial, estamos muy distantes de negarnos á prestar la obediencia que debe todo ciudadano á la ley; pero ¿puede haber, bajo de un Gobierno libre, justo y civilizado, alguna que mande la comprobacion de los sexos? Si llegara á espermentarse semejante abuso, tan atroz como ridículo, y que se opone al mismo tiempo á la recta razon y al decoro, la primera obligacion de los franceses seria sacudir, de cualquier modo que fuese, una opresion tan tiránica. — Es decir, contestó el capitán, que Vds. son rebeldes. — Nosotros no somos rebeldes; solo rehusamos sujetarnos á una averiguacion, que ultraja á la decencia y á la probidad. — Pues bien, señores, con la fuerza se conseguirá.... — Aun no había acabado de decir esto, mi compañero que estaba rabiando interiormente, sacó la pistola de la faltriquera, y apuntó al capitán; mas erró el tiro, pues la bala le raspó

el hombro, hiriendo á un caballo de la partida en el pecho. Todos se remolinaron al punto á nuestro rededor para estrechar mas el círculo; la aya cayó desmayada, teniendo metida la cabeza entre dos rayos de una rueda, y Carlos se arrojó á mis brazos, pidiéndome que le armase y defendiese; con lo cual se desvanecieron todas las dudas y se confirmaron las sospechas. Veinte sables desnudos y otras tantas pistolas estaban asestadas contra nosotros; mis brazos servían de escudo al real huérfano, el cual comprendiendo entónces lo que motivaba aquella escena, se quitó la gorrita que tenía en la cabeza, ostentó su rubia y suelta cabellera, y esforzando con acciones sus interrumpidas palabras, exclamó: Si buscáis á Carlos de Borbon, yo soy; pero no hagáis daño á mis amigos.... — Hubiera sido empeño vano el luchar contra fuerzas tan superiores en número; por lo que nos

dejamos desarmar, y despues de registrada la silla, nos obligaron á subir otra vez, para que avergonzados, presos, desesperados y escoltados por los gendarmas vencedores, volviésemos á tomar el camino de Fontenay.

Habríamos andado unos cinco cuartos de hora, y en el momento mismo en que por orden del capitan empezábamos á encaminarnos hacia un lugar situado á nuestra izquierda, recibimos una descarga de fusilería, y nos vimos cercados por una numerosa compañía de chuanes. Su presencia nos infundió nuevas esperanzas y valor, y haciendo pedazos, con harto riesgo de lastimarnos, los vidrios y cortinas de la berlina, gritamos con todas nuestras fuerzas: *Ayuda, camaradas: viva Luis xvii: viva el rey.* En esto se empeñó la accion á seis pasos de nosotros entre los gendarmas y los chuanes, siendo igual el encarnizamiento por ambas partes,

y manifestando unos y otros mucha pericia y singular valor. Los gendarmas, mejor montados y mas bien armados, hacían frente á sus contrarios, cuyo número era tres veces mayor. Sin embargo cinco ó seis de los primeros se hallaban ya fuera de accion, ó bien por estar gravemente heridos, ó porqué tenían fatigados los caballos; al paso que el número de los otros, muy poco disminuido por las heridas ó muerte de algunos, se aumentaba de continuo con los paisanos que acudían, armados muchos de fusiles y carabinas, y los mas de instrumentos del campo. Léjos de acobardarse los gendarmas por los refuerzos que recibía el enemigo, redoblaron su valor; y la mayor parte, aunque desmontados, se arrojaron con el sable ó pistola en mano en medio de los contrarios. Estos los recibieron con tanto furor como arrojó, y la refriega fué general desde este punto, y horro-

rosa la carnicería. Ya solo se oía un terrible grito, formado por el clamor de todos los combatientes; los golpes que se daban por una y otra parte, resonaban á nuestro rededor; llenóse en un instante la tierra de cadáveres mutilados y de miembros dispersos; y la sangre que había empezado á correr, salpicaba hasta los tableros de nuestro carruage. Mi compañero y yo nos habíamos empeñado inútilmente en abrir las puertecillas de la berlina; pero deseosos de participar del riesgo y gloria de esta sangrienta lucha, y precisados al mismo tiempo á ser ociosos espectadores, por hallarnos encadenados y presos, peleábamos con nuestras voces y gritos. Carlos, correspondiendo á la valentía de sus antepasados, no manifestaba temor alguno, sinó que atento á tan horroroso espectáculo, de un modo que descubría bien su interior, esperaba tranquilo el resultado. Si me hu-

biera sido dado arrebatarse en mis brazos á aquel niño, hubiese infundido á sus defensores, presentándole en medio de las filas, el valor necesario para sostener la lucha hasta vencer ó morir. Acaso hubiera desarmado tambien á los gendarmas; porqué ¿cómo se atreverían á herir á sus enemigos, cuando para llegarles, fuese indispensable traspasar el corazón, no diré de su rey, sinó el de un tierno y desdichado niño? Tal vez no se hubiese derramado entonces sangre humana, ni se debiera el buen éxito de nuestra empresa á la horrorosa muerte de muchos de ambos partidos.

Reducidos los gendarmas á cinco de catorce que eran, se dieron por vencidos y rindieron las armas, despues de haber durado una hora el encarnizamiento y la mortandad. Querian degollarlos los vencedores, embriagados con la sangre, el furor y el triunfo; pero nosotros les pedimos encarecidamente

á grandes voces, que no amancillasen su victoria. ¡No bastaba, les decíamos, que la guerra, que se había encendido entre los ciudadanos de una misma nación; los dividiere en asesinos y en víctimas, incitando á unos contra otros; sinó que aun los vencedores habían de estender la venganza y los excesos mas allá de los combates? Si no los convenía la voz sumisa de la humanidad, debiera moverlos la del rey, en cuya defensa se habían armado, y por quien acababan de derramar su propia sangre, el cual les suplicaba que no infamasen su triunfo. —

El ardor de la pelea no había dado lugar á los chuanes para que nos oyesen, hasta que ya mas sosegados, se fueron acercando á nuestra berlina los mas curiosos ó los mas dominados por la codicia. Llamé por su nombre á uno de los gefes, á quien yo conocía, y le informé brevemente de nuestra espe-

dicion. No es posible espresar su admiracion, alegría, enagenamiento y alborozo: el mas atroz espectáculo fué seguido de una escena la mas tierna. Luego que abrieron la berlina, bajé teniendo á Cárlos en mis brazos, y su vista enterneció á los mismos corazones que acababan de cebarse en la matanza: los ojos, que poco ántes arrojaban llamas de cólera, derramaron copiosas lágrimas; y las manos, en que todavía humeaba la sangre, estrecharon las blancas é inocentes de su príncipe. El cual sonreía con apacibilidad en medio de aquella cuadrilla, furiosa algunos minutos ántes, y loca ahora de contento; y señalándonos como á sus libertadores, me abrazaba cariñosamente, aumentando de este modo la alegría y júbilo general. No se hartaban de mirarle, pues los tenía embelesados su candorosa hermosura, que se hacía mas interesante por su palidez, indicio de la

desgracia y de un corazón afectuoso. La aya, no ménos maravillada, guardaba un respetuoso silencio, y contemplando de tiempo en tiempo con ojos llorosos á su alumno, le cogía una mano para besársela con ternura. Tantas sensaciones diversas y opuestas hicieron una fuerte impresion en nuestros ánimos, y mas que en los nuestros en el de Carlos, el cual manifestó su conmoción con abundantes lágrimas, á las que se siguió un largo desmayo. Los afectos de los que estaban á su rededor, se cambiaron entónces de repente, pues empezaron á dar, no ya gritos, sino aullidos de rabia y desesperacion: se abrazaban mutuamente, y levantando al cielo su colérica vista, prorumpían en imprecaciones. ¿Acaso se les había dejado ver por algunos instantes á su nuevo rey, para que les fuese mas sensible su pérdida? La malignidad de los republicanos había motivado sin duda a-

quel funesto accidente (porqué le tuvieron en la realidad por muerto); luego era preciso acabar con los restos de este partido. Se arrojaron todos en seguida sobre los infelices gendarmas, los mas de los cuales estaban heridos, esperando silenciosos el fin de este suceso. Cercáronlos, los llenaron de denuestos y de golpes hasta cansarse, y los hubieran muerto á todos, si metiéndome entre los agresores, no les hubiese hablado con enardecimiento. Amigos, les dije, ¿qué es lo que vais á hacer? ¿Es esta la conducta que debe guardar un vencedor generoso con su desgraciado enemigo? ¿ensangrentaréis vuestras manos victoriosas, cometiendo asesinatos? Cómo! mas de cien combatientes, convertidos en homicidas, ¿van á degollar á cinco hombres indefensos? ¿Son culpables estos desdichados, porqué han obedecido á sus gefes, como vosotros debéis obedecer á los